



**REVISTA**  
DE LA  
**UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

---

Tomo IX

Lima, Mayo-Junio de 1941

Número 2-3

---

**PIO XII Y LA PAZ (1)**

*Por CESAR ARROSPIDE DE LA FLOR,*

*Profesor de la Universidad Católica del Perú.*

El homenaje de la Acción Católica a Su Santidad adquiere, en esta hora trágica del mundo, una singular significación: es el homenaje de la milicia seglar, llamada, por él, a colaborar en la instauración de la Paz de Cristo en el Reino de Cristo, que afirma este ideal cuando, precisamente, los pueblos parecen irremisiblemente extraviados por senderos que los alejan, mas que nunca, de ese Reino y de esa Paz. La Acción Católica ha de estrechar hoy sus filas en torno al Jefe de la Cristiandad para emprender la cruzada por la única paz auténtica, la que se concerta en el fondo de las almas, primero, para irradiar, después, al campo político y social. Por eso, su adhesión al Papa significa hoy una respuesta al reclamo urgente y doloroso de esta época en que la Humanidad, parece haber olvidado el mensaje de Cristo.

Pío XII adopta como lema: OPUS JUSTICIA PAX, La Paz obra de la Justicia. Y este lema sintetiza la enseñanza de la Iglesia a los pueblos que, después de haberse desangrado en los campos de batalla del 14, pretendieron alcanzar la paz definitiva sin buscar antes "el reino de Dios y su justicia". La personalidad del

---

(1).—Discurso pronunciado en el homenaje anual rendido por la Acción Católica Peruana al Sumo Pontífice, el 22 de marzo de 1941.

actual Pontífice parece inspirada, a través de su carrera, por una especial vocación de Paz. Nacido de una familia en que es frecuente la dedicación al Derecho y al ejercicio de las funciones públicas, desde joven, el ejemplar sacerdote Eugenio Pacelli es llamado a colaborar en el campo de la diplomacia pontificia en la Oficina de Negocios Eclesiásticos Extranjeros, con Su Santidad León XIII; mas tarde, como Pro-Secretario y Secretario de Relaciones Exteriores, con Su Santidad Benedicto XV; y como Nuncio Apostólico en Berlín, hasta ser llamado por Su Santidad Pío XI a la Secretaría de Estado.

En su carrera diplomática se muestra siempre como un infatigable y eficiente servidor de la Paz. Son varios los Concordatos que logra celebrar y, en representación de Su Santidad Benedicto XV, propone el Plan de la Paz que sugería la celebración de un armisticio para dar lugar a gestiones diplomáticas que hubieran evitado los mayores horrores de la Guerra Mundial. Mas tarde, ostentando ya la dignidad cardenalicia, vá a ser el mensajero inigualable de la fraternidad cristiana: en el Congreso Eucarístico Mundial, celebrado en Buenos Aires el año 1934; en Lourdes, con ocasión de la clausura del año Santo de 1935; en Lisieux, al inaugurarse la Basílica erigida bajo la advocación de Santa Teresita del Niño Jesús, el año 1937; en Budapest, cuando el último Congreso Eucarístico Mundial, y en Estados Unidos, donde levantó una ola de admiración y simpatía a la autoridad pontificia que valió por muchas gestiones diplomáticas ante el pueblo norteamericano.

Exaltado al trono de San Pedro, Dios permite que la angustiosa perspectiva de la guerra amargue los pasos iniciales del nuevo Pontífice. Su primera palabra, como tal, a los Cardenales que acaban de elegirle es una alocución sobre la paz. Sus primeros esfuerzos, gestiones para conjurar el riesgo de la guerra, apelando a los medios temporales y eternos, a la acción diplomática y a la oración. Por permisión divina, empero, le toca hoy soportar la amargura de esta lucha, en que ve confundidos a tantos hijos de la Iglesia, arrasados por una ola de odios y egoísmos, acaso para urgir con mas fuerza su vocación de paz.

Y es que nunca como hoy fueron minados los fundamentos verdaderos de la concordia entre las Naciones. Mas cerca de lo que pudieron estar en todos los tiempos de la Historia, éstas se

encuentran materialmente vinculadas hoy merced a las prodigiosas conquistas de la Ciencia que han hecho al hombre dueño de la tierra, el mar y el aire. Hemos vencido la distancia y nuestra voz puede escucharse sin esfuerzo de un confín al otro del Mundo.

Jamás pudo tejerse una trama más tupida de los intereses económicos, de la interdependencia de las fuerzas productivas, del intercambio de las ideas y corrientes culturales. Antes de nuestro siglo, las limitaciones de comunicación circunscribían de hecho, la comunidad internacional a sectores en los que un grupo de Estados, geográficamente cercanos, podían mantener relaciones impracticables con otros situados en regiones distantes. Hoy esa comunidad es posible y abarca íntegra la Tierra.

Sin embargo, como nunca se encuentran hoy distantes las almas en estos pueblos prodigiosamente unidos por la ciencia del hombre, pero celosos de su autonomía y de su libertad irrestricta de acción. La expansión ilimitada de su voluntad de poder, parece cerrar todos los caminos a una norma superior de justicia y caridad que pueda unir, en una generosa aspiración de paz, sus legítimos derechos a la vida y a la prosperidad.

La Edad Media percibió esta norma y le dió su auténtico sentido sobrenatural cuando estimó que las sociedades humanas solo podían alcanzar su estable armonía, fijando su centro de gravitación por encima del plano exclusivamente terreno. Las doctrinas medievales partían de una concepción eminentemente unitaria de la humanidad. Ellas consideraban a ésta, dice Landry, en su obra "La Idea de Cristiandad entre los Escolásticos del siglo XIII", como una sola familia y, a sus ojos, la multiplicidad de naciones y señoríos no era sino una diversidad superficial que dejaba intacta la fundamental unidad del género humano". Por esto fué posible que prosperara la aspiración a un Imperio Universal, que realizara, en el dominio temporal y político, la unidad espiritual de la Cristiandad. Imperio defensor de la fé cristiana.

Si bien este ideal no llegó a cumplirse de modo pleno y varios siglos de la Edad Media están llenos de su agitada historia, "tendió sin cesar a realizarse materialmente en la vida de la sociedad medioeval" ("Los Orígenes de Europa", C. Dawson). Y más allá de las contingencias de su existencia y de su caída posterior, subsistió, firme e intangible, el objetivo hacia el cual se enrumaba: la

unificación espiritual del mundo bajo la autoridad del Papado. Para los pensadores de la época, la unidad y la paz de Europa no era solo un problema político, sino, fundamentalmente, un problema moral en el que a la Iglesia había de reconocerse autoridad y en el que ella poseía un irrenunciable derecho.

Es especialmente interesante, en relación a la sumisión a la Iglesia de los soberanos temporales, un fragmento del manifiesto lanzado por Carlos El Calvo, Rey de Francia, con ocasión de una tentativa para desposeerlo, transcrito por C. Dawson en su obra "Los Orígenes de Europa". Dice, refiriéndose al carácter sagrado que ha dado a su autoridad la unción real: "Después de esta consagración no puedo ser desposeído por nadie, sin ser al menos oído y juzgado por los Obispos, por cuyo ministerio he sido consagrado rey, pues ellos son los tronos de Dios, sobre los que Dios toma asiento y por los que El emite sus juicios. Siempre he estado pronto a someterme a su paternal corrección y a sus juicios represivos y a ellos me someto hoy".

El lento surgimiento de los pueblos modernos al través de la azarosa gestación medioeval, iba a plantear dentro de nuevos términos el problema de la paz. A la concepción unitaria que dió vida a la idea de un imperio universal, precisamente porque no había cuajado la personalidad colectiva de las agrupaciones de cada región, iba a suceder la concepción múltiple de una organización internacional. Ella había de significar la instauración de un orden superior en el que se congujasen la multiplicidad de los particulares intereses de las naciones soberanas dentro de la unidad del ideal cristiano de fraternidad humana. Es en los tiempos modernos en que surge, verdaderamente, el Derecho Internacional y son pensadores católicos quienes le dan sus fundamentos.

La Reforma, empero, había de quebrantar bien pronto la unidad de ese orden superior que sustentaba la Iglesia, y su tendencia anarquizante había de perfilarse luego en la afirmación creciente de un nacionalismo adverso al sentido de la catolicidad. Y al mismo tiempo que la Reforma escindía así la unidad religiosa de Occidente, el humanismo renacentista iba a conducir a los pueblos modernos por las sendas del laicismo. Este, progresivamente, desató las fuerzas humanas, antes incorporadas en el orden sobrenatural que mantuvo la Edad Media, y su juego impetuoso, como dice Ber-

diaeff "creó una nueva cultura, fundó una nueva historia", nueva historia que no es sino el "experimento de la libertad humana".

"El hombre nuevo quiso ser autor y ordenador de la vida, sin la ayuda de lo alto, indiferente a las sanciones divinas" (Berdiaeff. Una Nueva Edad Media). A nuestra generación le ha tocado vivir al otro extremo de la trayectoria iniciada en el Renacimiento y comprobar que el hombre, como en la primera culpa, deslumbrado por los horizontes que su libertad abría a su soberbia, se perdió a sí mismo, porque olvidó que solo Dios podía hacer fecundas y santas sus fuerzas creadoras y que sin El llegaría pronto el día en que todas esas fuerzas se tornarían contra sí mismo y que el hombre aguzaría su ingenio hasta la maravilla para destrozarse al hombre. Justa sanción a la rebeldía de lo temporal contra lo eterno, de la materia contra el Espíritu, de la creatura contra el Creador.

El laicismo ha confinado la religiosidad del ciudadano al dominio exclusivamente privado, despojando de toda inspiración sobrenatural la vida pública. Es así como las relaciones entre los pueblos han quedado radicadas en el dominio temporal, como el juego mecánico de fuerzas que se contraponen, buscando un equilibrio que es la obra del hábil y a veces tan sutil tejido de las gestiones diplomáticas. Y como consecuencia, en el dominio internacional se ha producido, en los tiempos modernos, la misma desintegración provocada en la sociedad por el individualismo exacerbado de la concepción liberal y laica, que ha traído el conflicto de los nacionalismos impulsados desorbitadamente por sus anhelos imperialistas.

La universalidad del mensaje cristiano no desconoce, por cierto, la legitimidad del justo nacionalismo. Por el contrario, la Iglesia lo sublima al darle su inspiración trascendente. La patria y la sociedad política tienen su raíz en tendencias específicas del hombre, que son obras de Dios y que encarnan en la realidad y en las formas de una cultura. El amor a ellas nos es connatural. Cristo aparece en el Mundo vinculado a una patria. De ella saca los primeros elementos para su predicación y con ellos funda su Iglesia. Es innegable, como dice Karl Adam (La Esencia del Catolicismo) que "en tanto que el pueblo judío no hubiera merecido ser excluido de esta vocación, tenía un derecho histórico y religioso a que se desarrollara plenamente en él lo que había llevado en germen durante siglos de su historia". Cristo respeta y afirma este

derecho. Aún más, ama a su pueblo y tan entrañablemente como nos lo muestra aquel pasaje de San Lucas, según el cual derramó lágrimas a la vista de Jerusalén, contemplando, con visión profética, las futuras calamidades que le aquejarían en justa sanción por haber desconocido el tiempo en que Dios la visitó.

Este nacionalismo auténtico tiene su raíz en la convicción de que el término y objetivo de todo el orden social es el servicio del hombre, cuyo destino ha de justificar, en última instancia, todas sus realizaciones. En nuestros tiempos ha llegado el caso de divinizarse a la nación, esclavizando las conciencias en una monstruosa religiosidad que niega el destino sobrenatural del ciudadano. Así queda perdido el fundamento más hondo de la unidad entre los pueblos, el único que puede vincularlos más allá de las transitorias conveniencias temporales.

La descristianización creciente del mundo ha traído paralelamente este obscurecimiento de la visión unitaria de la sociedad humana. Esta se halla hoy desintegrada en facciones que reproducen, en el dominio internacional, la atomización y la soledad espiritual del hombre moderno. Y es que sólo la Iglesia puede dar un sólido fundamento a esa visión unitaria, afirmando el sentido de su catolicidad. "Poder supranacional que reúne a todos los pueblos en vista del Reino de Dios — dice Karl Adam — puede, incomparablemente mejor que una iglesia puramente nacional, tal como la iglesia anglicana, rusa o sueca, despertar las fuerzas morales que duermen en los pueblos y hacerlas servir a cada uno con sus aptitudes particulares".

Por eso, toda tentativa de cimentar la paz del mundo fuera de la inspiración de la Iglesia ha de resultar vana, porque solamente de ésta puede derivarse una fuerza moral suficientemente poderosa para vencer la gravitación anarquizante de los humanos apetitos. Así nos lo muestra la historia de las organizaciones planeadas a raíz de cada catástrofe bélica para conjurar el riesgo de su reaparición. Nunca como en la guerra del catorce fué angustioso este anhelo ante los incalculables avances del poder destructor de la Ciencia al servicio de la guerra. Una vez más se pretendió erigir una organización internacional que definitivamente garantizase la paz del mundo. Pero una vez más los apóstoles del pacifismo filantrópico y el internacionalismo socialista quisieron dar su solución

laica al problema. Concibieron una Sociedad de Naciones que había de funcionar como un super-estado que implantase, algo así, como una democracia universal. La realización de tal idea, de genuina raíz socialista y masónica, hubo de llevar consigo importantes modificaciones en la concepción inicial, pero mantuvo su fundamental inspiración laica y, con ella, el germen de su pronta decadencia.

Muchos católicos alentaron la esperanza de infundir un nuevo espíritu en la organización creada, sin sospechar hasta qué punto era deleznable esta nueva tentativa, emprendida cuando el mundo se encontraba, como nunca, sumido en el laicismo. La historia desde esos años, inmediatamente posteriores a la Gran Guerra, se ha precipitado con un ritmo avasallador, cegando toda esperanza que no se funde en la renovación total de los espíritus, muy lejos de las oficinas diplomáticas.

Los ideales laicos de filantropía y pacifismo significan la abdicación de la dignidad sobrenatural de la Caridad y no son capaces de cimentar la paz, porque ésta solo es durable cuando responde a un orden superior al de los intereses puramente naturales. Ellos la conciben sobre todo negativamente, por horror a la guerra y se esfuerzan en crear un mecanismo que evite los conflictos armados. Su concepción positiva es débil porque le falta aliento sobrenatural. Predican un amor y una fraternidad que solo se nutre de la frágil y tornadiza simpatía humana. Ignoran que la disparidad de temperamentos, culturas y razas establece tan hondas divisiones naturales que solo desde el plano religioso pueden superarse, mediante una clara y profunda conciencia del vínculo trascendente entre los hombres y del recíproco amor que se deben en Cristo.

Esta concepción profunda y sobrenatural de la categoría "humanidad" se ha hecho extraña al pensamiento de nuestra época, que ha recogido una herencia de varios siglos de individualismo. Por eso nos es difícil comprender, y más vivir, la comunidad cristiana. Por eso nos encontramos, comunmente, lejos del profundo y universal sentido de la liturgia, su expresión sensible. Por eso, también, comprendemos mal el título de la Iglesia para regir la comunidad de las Naciones, título que radica en la universalidad del mensaje de Cristo para quién todos los hombres de la tierra son ante todo "el hombre" a quien redimió su sangre.

La Iglesia es la depositaria del mensaje de Paz de su fundador, que dijo a sus apóstoles: "Mi paz os dejo, mi paz os doy". Pero la paz de Cristo solo es posible en el reino de Cristo. Precisa, por eso, restaurar entre los hombres el orden que los haga justos según su ley, para que irradie la paz desde el fondo de las conciencias hacia los campos todos de la vida, iluminados por la Gracia.

Mientras el mundo se desangra sin descubrir la solución de sus conflictos, la Iglesia promueve la organización de todas sus fuerzas vivas para orientarlas hacia la recristianización social. Por eso, la Acción Católica es por esencia, una milicia de paz que, hoy más que nunca, ha de ver claro la necesidad de hacer efectiva y fecunda su acción.

Su homenaje al Pontífice, cuyo significado se me ha encomendado expresar, tiene hoy el valor de una respuesta a la angustiada interrogación que plantea el extravío de nuestra época, que solo hallará la verdadera paz en la senda que ilumina la luz sobrenatural del Vaticano.

*César ARROSPIDE DE LA FLOR.*